

PALABRAS DE HOMENAJE A JORGE CARPIZO

José NARRO ROBLES

Hoy, 5 de febrero de 2013, nos hemos reunido para rendir un justo homenaje a uno de los más grandes universitarios, al doctor Jorge Carpizo. De esta forma nuestra UNAM rinde tributo a la entrega, aportaciones y logros de uno de sus hijos más ilustres. Con el acto de hoy, inicia un conjunto de acciones encaminadas a resaltar una vida intensa y extraordinaria. Hijo, hermano, amigo, maestro, investigador, jefe, colaborador y compañero ejemplar, supo del valor de la palabra y del peso del saber, de la importancia de la verdad y los argumentos.

Hablar de él es dibujar la grandeza y la responsabilidad; es invocar la honestidad y la determinación; equivale a describir la amistad, la generosidad y la virtud republicana. Fue discípulo de grandes personajes, como Mario de la Cueva y Héctor Fix-Zamudio; Jorge Sánchez Cordero y Niceto Alcalá Zamora, entre muchos otros. De igual manera, fue maestro y compañero de destacados juristas, amigo y colaborador de rectores de la UNAM y también de protagonistas de la historia contemporánea, de intelectuales, científicos, artistas, humanistas y políticos relevantes. Muchos están presentes en esta ceremonia.

El doctor Carpizo fue un modelo de universitario, defensor incansable de los derechos humanos, motor de aventuras intelectuales, paladín de la justicia e impulsor de jóvenes talentosos que le seguían en el aula y en su cubículo. Fue un hombre honesto y honorable que nunca sacó ventaja personal alguna. Cuando se habla de austeridad y de probidad, Jorge Carpizo es un referente entre los personajes públicos.

Él es muestra de la inteligencia, el estudio y la dedicación; de la congruencia y la consistencia; de la actitud de servicio y del compromiso con la sociedad. Su vida y su carrera como servidor público y universitario dejaron huella de su apego a los valores laicos, a la honestidad, la lealtad, la solidaridad y el cumplimiento de la responsabilidad adquirida. Se trata de una vida de servicio a los demás.

Entre sus múltiples facetas, el doctor Carpizo podía ser serio, atrevido, sencillo, recatado o divertido, pero siempre mostraba la dignidad y clase que defendía con toda convicción. Entrado en confianza era un conversador completo, culto y animado. Distinguía con toda propiedad el espacio del trabajo, del marco destinado al cultivo del espíritu o al de la diversión. Compañero de viaje admirable, se preocupaba particularmente por quienes compartían la experiencia con él.

Hoy, a diez meses de su fallecimiento, quiero reiterar dos párrafos que leí en el homenaje luctuoso que le rindió la UNAM el 31 de marzo de 2012:

A la familia del doctor Carpizo, a sus amigos y compañeros de aventura, para todos nosotros, mis sentimientos de profunda solidaridad. La tranquilidad me alcanza cuando pienso en lo que hizo y en lo que creyó. La angustia me inunda cuando comprendo que no lo veré ya nunca más. Sus enseñanzas y su fortaleza me cobijan, su pérdida me abruma y me conmociona.

¿Qué vamos a hacer sin sus consejos y sin sus propuestas? ¿Qué vamos a hacer sin su lucidez y determinación? ¿Qué falta nos genera su partida anticipada! ¿Por qué tenía que pasar? ¿Por qué teníamos que perderlo de forma prematura? No estábamos preparados para ello. No es posible alcanzar la resignación que reclama nuestra aflicción.

Hombre de dos terruños, de Campeche y de la UNAM, tuvo en esas latitudes dos hogares que le dieron biografía e inspiración, sentimientos y capacidad realizadora, ideología y proyección. Él pensaba en Campeche como "...el mar azul cielo que besa sus lito-

rales, el olor y el sabor a sal de sus aguas espumosas... [como] sus selvas tropicales [como] el cielo que se viste de rojo... rojo que pinta el firmamento y las nubes de sangre”. Sin embargo, para él Campeche era... “antes que nada y sobre todas las cosas, el respeto a la dignidad humana”.

La UNAM fue una de sus más grandes pasiones. Aquí se formó, aquí enseñó, aquí se transformó. De estudiante pasó a estudioso, de grande mutó a gigante. En la Universidad que tanto adoraba, Jorge Carpizo maduró y aportó, edificó y contagió. Estudió toda la vida y enseñó una buena parte de la misma. Investigó y reflexionó sobre los asuntos que agobian a nuestra sociedad.

Jorge Carpizo produjo una obra escrita de alta calidad y enorme utilidad. Siempre directo y sin demasías, siempre claro y contundente, rechazaba al hablar y al escribir la superficialidad o el discurso artificioso. Lo que tenía que decir lo expresaba con fuerza y después de haberlo meditado. Él fue el de *El presidencialismo mexicano*, el de *Fortaleza y debilidad de la UNAM*, el de los *Elementos para la seguridad y la justicia en democracia*; el de la Defensoría de los Derechos Universitarios, el de la Ciudad de las Humanidades, el de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, entre muchos otros.

Pero Jorge Carpizo también fue el de “Solamente una vez”, el de Amparo Montes y Manolita Alegría, el de la buena mesa y la mejor compañía, el de la sonrisa franca y la carcajada contagiosa, el de los viajes mejor planeados, el de los amigos más sinceros y el de los adversarios irreconciliables.

Enemigo de la improvisación, Jorge Carpizo dejaba poco al azar. Planeaba todo; su día y su semana; su trabajo, sus viajes y su descanso; sus llamadas y sus comunicaciones; sus encuentros y sus desencuentros. Por ello, no me sorprendió, aun cuando me emocionó al extremo, que hubiera escrito un mensaje que preparó antes de internarse para la cita fatídica y que ahora recuerdo con ustedes:

Con alegría de haber existido durante 68 años, me despidió de mis familiares y amigos. Traté de vivir lo mejor que pude dentro de mis circunstancias y de servir con emoción a México y a su Universidad Nacional. En los cargos que ocupé siempre rendí informes públicos, presenté evaluaciones y dejé constancia de lo realizado en múltiples libros y artículos. El mejor homenaje que puedo recibir consiste en que se lean y reflexionen. Nunca mentí ni cometí delito alguno. Cumplí con mis responsabilidades al máximo de mi capacidad y voluntad. En mis libros y artículos, tanto los académicos como los testimoniales, dejo constancia del país que me tocó vivir, servir, gozar y sufrir. Mil y mil gracias a aquellos que colaboraron lealmente conmigo y con los valores que rigieron todas mis actividades. Me voy amando, con todas mis fuerzas, convicciones y emociones a nuestro gran país y a su —y mía también— Universidad Nacional.

¡Qué mejor manera de iniciar la jornada de homenaje que con esta reunión llena de cariño y admiración. Qué mejor motivo que un Seminario Internacional sobre el Constitucionalismo Contemporáneo, que hoy inauguramos, coordinado por dos grandes amigos y con la participación de varios de sus colegas más queridos y respetados. Qué mejor forma que con el aplauso de ustedes para Jorge Carpizo, un campechano singular, un universitario excepcional, un mexicano descomunal!